

A LA BÚSQUEDA DE LA DEMOCRACIA VERDADERA: LA APUESTA ROOSEVELIANA DE TAMBORINI Y PERÓN

*Laura Ruiz Jiménez**

Resumen

Este artículo refleja los debates políticos que tuvieron lugar en la Argentina de entreguerras, debates que alteraron profundamente la forma de entender la democracia liberal vigente en el país hasta 1930. A partir de esta fecha, se generalizaría la idea de que la democracia sólo era tal si tenía un fuerte compromiso social y se ofrecieron al estado amplias atribuciones económicas para garantizar un crecimiento sostenido y generar posibilidades redistributivas. La opción por una democracia comprometida socialmente y por el intervencionismo estatal convirtió al presidente norteamericano F.D. Roosevelt en modelo de acción política para la mayoría de los argentinos. La democracia con justicia social y el intervencionismo estatal de los que Roosevelt fue ejemplo indiscutible alcanzaron tal grado de aceptación entre los argentinos, que Tamborini y Perón rivalizaron por presentarse ante sus electores como la encarnación nacional de este presidente.

Abstract

This article deals with the political debates in Argentina during the interwar years. Those debates changed dramatically the concept of liberal democracy as it was understood in the country prior to the 1930s. Along that period the concept of democracy began to include a social component and the role of the State started to change with new forms of intervention.

* Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset, Madrid.
direccion.cooperacion@fog.es

F.D. Roosevelt became a political model of a democratic president for many Argentines and finally Tamborini and Perón claimed to be the personification of the American President.

Durante el período de entreguerras tuvo lugar en la Argentina un riquísimo debate en los partidos y la sociedad acerca de las características que debería tener la democracia a reinstaurarse en el país. Aunque a menudo esos años han sido considerados una etapa de oscurantismo político, lo cierto es que en ellos se produjo una intensa discusión en torno a las limitaciones del modelo liberal argentino y las propuestas planteadas para superar éstas supusieron un cambio radical en la forma de entender y practicar la política. La idea de que la democracia, para merecer tal nombre, no podía ser ajena a la justicia social llegó a ser tan predominante entre los argentinos, que radicales, socialistas, demo-progresistas, socialistas independientes e, incluso, conservadores discutieron largamente sobre cómo hacerla realidad. Hacia 1940 la propuesta de aplicar medidas de protección y apoyo a los sectores más desfavorecidos estaba absolutamente generalizada en el país, como también lo estaba la convicción de que era imprescindible dotar al Estado de mayores competencias económicas para asegurar el crecimiento y permitir la redistribución de la riqueza. Ambas ideas habían sido impulsadas con gran éxito por F.D. Roosevelt en los Estados Unidos, de ahí que este mandatario se convirtiera en modelo para quienes en Argentina luchaban por recuperar el imperio de la Constitución. En medio del impasse anti-liberal que padeció el país, el valor alcanzado por Roosevelt como encarnación de la “verdadera” democracia llegó a ser tan fuerte, que Tamborini y Perón pelearon en la campaña de 1946 por presentarse ante los votantes como la versión argentina del líder estadounidense.

Realizar una reconstrucción de los debates políticos de entreguerras es posible a través de una fuente de información sumamente relevante para la época: las publicaciones periódicas de gran tirada. Argentina era en ese período uno de los países con mayor nivel de lectura per cápita de diarios del mundo y existían allí publicaciones comprometidas con cada formación

partidaria.¹ Por eso, la lectura de *La Nación*, *La Prensa*, *Crítica*, *La Vanguardia*, *El Mundo*, *Noticias Gráficas* y *La Época*, siete periódicos de gran tirada y distinta adscripción ideológica, permite conocer los argumentos políticos dominantes en la época. Aunque sólo *La Época* y *La Vanguardia* eran representantes oficiales de una corriente política, del yrigoyenismo y el socialismo respectivamente, todos los diarios aceptaron convertirse en portavoces de los líderes partidarios de su agrado y la prensa adquirió el carácter de foro de discusión pública que no tenía el Congreso de la nación. La *Década Infame* se caracterizó por el fraude electoral que mantuvo la presidencia fuera del alcance del Partido Radical, pero existió para los periódicos la posibilidad de expresarse abiertamente en contra del gobierno. No hubo un régimen de censura que les impidiera opinar sobre la situación política antes de 1940, de ahí que las exigencias de elecciones limpias fueran tema central de editoriales e informaciones.² Las restricciones a la libertad de expresión se extendieron tras 1941, cuando el Presidente Castillo prohibió a los diarios opinar sobre la posición argentina ante la Segunda Guerra Mundial y comenzó a vigilar sus declaraciones políticas.³ La amplia, aunque no absoluta, libertad de prensa, la aceptación a convertirse en portavoces de los líderes partidarios y las impresionantes tiradas de los periódicos argentinos, convierten a la prensa en un testigo de excepción de aquellos años.⁴ La lectura de sus páginas ofrece un material sumamente relevante para reconstruir tanto los debates ideológicos del momento como la actividad desplegada por los partidos para lograr el pronto retorno a la normalidad constitucional. Precisamente la lucha entablada contra los gobiernos fraudulentos y el nuevo modelo de democracia propuesto para sustituir a un liberalismo ya obsoleto son los temas que articulan las páginas que siguen.⁵

Periódicos y partidos. Un frente común por la democracia

En los años veinte, los diarios argentinos se desempeñaban como un actor central de la política argentina tal y como reconocían sus propios contemporáneos. El rápido ascenso electoral del Partido Socialista Independiente

en 1926 fue considerado, por ejemplo, consecuencia directa del apoyo que les prestó *Crítica*, “la gran incubadora de los nuevos pollos políticos” (Luna) y el dirigente socialista Nicolás Repetto no dudaba en reconocer que “entre los factores que pueden haber influido en el adverso resultado electoral debemos señalar uno que ha ejercido, a nuestro juicio, bastante influencia: nos referimos a la actitud de una hoja de la tarde que aun goza de gran prestigio”.⁶ También es unánime el reconocimiento, tanto por parte de sus coetáneos como por estudios posteriores, del papel central jugado por la prensa de gran tirada en el derrocamiento del Presidente Yrigoyen en 1930. *La Nación*, *Crítica*, *La Prensa* y *El Mundo* incendiaron desde sus páginas el ambiente político con alarmadas denuncias del caos al que se encaminaba el país y alimentaron y justificaron el golpe de Estado con el peligroso argumento de la “ilegitimidad por el mal ejercicio” (Floria y García Belsunce, 1988). Los cuatro diarios, sin embargo, reconocieron muy pronto su error y en 1931 iniciaron una fortísima campaña de oposición contra el Gral. Uriburu que no cesaría desde entonces.

La implicación de la prensa en las luchas partidarias y en los debates políticos de la Argentina fue una constante durante toda la primera mitad del siglo XX. De hecho, los diarios surgieron en buena medida para responder a la demanda de información y opinión de los grupos cada vez más heterogéneos que conformaban su sociedad. Si *La Prensa* (1869) y *La Nación* (1870) colmaron las necesidades políticas e informativas de la sociedad pudiente, el crecimiento de las clases medias y los sectores populares desde finales del siglo XIX se tradujo en la aparición de publicaciones especialmente concebidas para ellos. Así fueron consolidando su posición en el mercado el periódico socialista *La Vanguardia* (1894), el popular *Crítica* (1913), el yrigoyenista *La Época* (1915), el moderado *El Mundo* (1928) y el progresista *Noticias Gráficas* (1931). Como ya se señaló, sólo *La Vanguardia* y *La Época* fueron diarios oficiales de partido, pero no existió publicación de gran tirada que no defendiera abiertamente los intereses de alguno de ellos y que no ofreciera a sus lectores consignas políticas muy claras. En lo que se refiere a estos lectores, *La Vanguardia* los tuvo entre los mandos medios del partido socialista y los sindicatos afines y no

en los sectores populares, poco receptivos a la complejidad de sus argumentaciones. *La Época* informó exhaustivamente a los militantes personalistas de toda su actividad partidaria. *La Nación* y *La Prensa* fueron los periódicos de las clases acomodadas, aunque representaron a grupos distintos dentro de ellas. *La Nación* fue el vocero de los grandes productores agro-pecuarios, mientras que *La Prensa* se dirigió a los grupos económicos más modernizantes, a los profesionales y a la clase media reformista.⁷ Las diferencias entre ellos se hacían también visibles en sus posicionamientos frente al sistema político, pues mientras *La Prensa* se opuso con contundencia al fraude electoral y denunció constantemente a “los mandatarios del pueblo que se habían habituado a violar las leyes”,⁸ *La Nación* no logró superar su desconfianza en el yrigoyenismo y acompañó cada petición de elecciones libres de veladas amenazas: “es necesario que se otorguen a los partidos seguridades inequívocas para el ejercicio de sus derechos. Pero también es necesario que se ofrezca a la nación, cuyos intereses están por encima de los partidos, la seguridad de que al amparo del orden legal no se engendrará un período de furor demagógico y de intolerancia vengativa”.⁹ *Crítica*, *Noticias Gráficas* y *El Mundo* fueron las publicaciones de las clases medias y los sectores populares en continua expansión. Los tres fueron contundentes en la exigencia del retorno a la normalidad constitucional y pelearon por la aplicación en la Argentina de numerosos cambios políticos y sociales. Su grado de compromiso con este reformismo no fue, sin embargo, el mismo: *El Mundo* se mostró siempre mucho más moderado que *Crítica* y *Noticias Gráficas*, partidarios de transformaciones radicales.

En los años treinta, estos diarios siempre activos en política reafirmaron su alianza con los partidos y juntos trabajaron para lograr el retorno a la normalidad institucional. Así, al poco tiempo de producirse el golpe contra Yrigoyen, los periódicos iniciaron una dura campaña para exigir la convocatoria de elecciones limpias que evidenciaba las aspiraciones democráticas de la mayoría de los argentinos. Dado el largo período de anormalidad institucional que padeció la Argentina hasta 1946, podría pensarse que los partidos tradicionales y los diarios no lograron hacerse oír; pero

esta percepción no se ajusta a la realidad. Sus campañas en defensa de la democracia y su capacidad de movilización ciudadana fueron tan visibles, que no pudieron ser ignoradas por el gobierno y, aunque lentamente, produjeron resultados. Es cierto que el fraude impidió al radicalismo alcanzar la presidencia del país, pero la intensa presión política evitó que éste se practicara de forma absoluta. Si en 1931 el gobierno de Uriburu desconoció la victoria radical en la provincia de Buenos Aires, pocos años después Justo reconocía los triunfos de la U.C.R en Entre Ríos, Córdoba y el Congreso Nacional. Desde que en 1935 el radicalismo decidiera su concurrencia a las elecciones, diarios y partidos se mostraron convencidos del éxito de sus demandas e informaban a los lectores sobre las vías posibles de regreso al marco constitucional:

La política seguida por la Casa Rosada... ha ido declinando hacia la normalidad institucional siguiendo el zig-zag que imponían las circunstancias. Se ha contenido el potro de la demagogia y esa palabra que tenía un significado real y amenazante ya no es más que un recurso efectista o un mal pretexto que suele emplearse en la literatura de los gobiernos impopulares del interior para justificar sus propias actitudes.... El mismo Presidente se ha confesado radical y se ha declarado partidario de los principios democráticos tal cual se los ha entendido siempre. Los doctores Roca y Gallo, en su carácter de mediadores, crearon la doctrina de las ‘soluciones levantadas’...Después de todo no puede desconocerse que el P.E ha corrido una cortina metálica entre el pasado y el futuro inmediato. Es decir, que los ‘métodos’ de las ‘minorías selectas’ no se seguirán aplicando y que el problema presidencial no se resolverá por ‘recetas’, sino mediante una formal consulta a la conciencia nacional.¹⁰

Los diarios consideraban que el mantenimiento del fraude en la Argentina se debía a esas “minorías selectas”, a grupúsculos anti-liberales que se habían enquistado en el poder y habían logrado orientar la revolución de 1930 en beneficio propio. En 1936, sin embargo, se mostraban confiados en que las próximas elecciones presidenciales serían limpias. Numerosas

declaraciones gubernamentales apuntaban en ese sentido y, como señalaba *La Vanguardia* “en estos momentos, cualquier aporte en defensa de las ideas democráticas es valiosísimo y si Saénz Peña, elegido por la oligarquía, es hoy un prócer del pueblo, debemos saber apreciar cuanto esfuerzo se haga en este sentido”.¹¹ La labor de partidos y periódicos se centró entonces en encontrar la fórmula presidencial que garantizara una transición sólida. Para la mayoría de ellos, la conformación de “un frente popular constituido por fuerzas notoriamente desparejas, sólo habría servido para provocar un movimiento de reacción del otro lado”,¹² de ahí que se inclinaron por una fórmula de consenso tolerable para los conservadores más recalcitrantes. Dicha fórmula apareció siempre encabezada por el ex-presidente Marcelo T. Alvear, el único hombre capaz de aunar al radicalismo y de no provocar suspicacias en los sectores más retrógrados. *Crítica*, *La Prensa*, *Noticias Gráficas*, *El Mundo* y, con menor entusiasmo, *La Nación*, cerraron filas en torno a Alvear, el candidato en el que “se posan todas las esperanzas del pueblo argentino. En momentos de confusión, cuando los ánimos están en sombra, Alvear es la esperanza del país. No puede haber otro candidato a la presidencia de la República que no justifique el cargo de una oculta maniobra de usurpación o despojo. Contra Alvear no se levantará candidato alguno que no conspire contra los sentimientos y aspiraciones del pueblo... Y Alvear será, por decisión de las urnas, el Presidente de la República Argentina”.¹³ Alvear fue considerado la figura de consenso que haría posible la transición, de ahí el respaldo cerrado que le prestaron los diarios de gran tirada. El modelo de democracia que el líder radical debería consolidar en la Argentina estaría, sin embargo, muy lejos de los principios y acciones que guiaron su presidencia en los años veinte.

En 1937, diarios y partidos consideraban superado ese período infame en la historia argentina marcado por el fraude electoral, por eso resultó para ellos sumamente frustrante la designación de Roberto M. Ortiz como candidato a la Casa Rosada. La prensa atacó al aspirante oficial desde su nombramiento, pero fue cambiando de actitud hacia él al comprobar la orientación que imprimía a su gobierno. Medidas adoptadas por el nuevo Presidente como la intervención de los gobiernos de Catamarca y Buenos Aires, resul-

tado de elecciones fraudulentas, o la recuperación de los contactos con el Partido Radical le valieron pronto el apoyo incondicional de los diarios. El contundente triunfo de la Unión Cívica Radical en las legislativas de 1940 no hizo sino convencer a muchos ciudadanos, por segunda vez, de que se encontraban de nuevo al final del túnel. La confianza recuperada se vio, sin embargo, frustrada cuando en agosto de 1940 Ortiz dejó el cargo por motivos de salud y fue sustituido por el Vicepresidente R.Castillo, un conservador reconocidamente anti-democrático. Castillo y los Presidentes que le siguieron después hicieron sentir a los diarios de gran tirada que la Constitución argentina estaba amenazada como nunca antes lo había estado, por eso reforzaron su alianza con los partidos. La batalla por la democracia se libraría a partir de entonces contra Ejecutivos muy diferentes a los anteriores, gobiernos que no estaban dispuestos a negociar con unos representantes políticos que habían sido interlocutores legítimos hasta entonces.

Democracia y justicia social

Durante los años treinta, diarios y partidos no sólo trabajaron conjuntamente por acabar con la irregular situación política, sino que discutieron también intensamente en torno a las reformas que sería necesario implementar para construir una democracia “verdadera”. La justicia social se convirtió así en un elemento central de sus discursos y en Argentina se generalizó la idea de que era necesario promover desde las instituciones reformas que limaran las desigualdades generadas por el crecimiento económico. En realidad, estos planteamientos no eran nuevos en el debate político, pues fueron objeto de atención ya a finales del siglo XIX por parte de dirigentes liberales como J.V. González o J.N. Matienzo. Sus exigencias reformistas no dejaron de extenderse desde entonces y en las primeras décadas del siglo XX provocaron la creciente movilización de sectores urbanos, siendo integradas en los programas de la Unión Cívica Radical y el Partido Socialista.¹⁴ En los años 20, estas ideas habían alcanzado una presencia tan contundente en la Argentina que el moderado *El Mundo* se mostraba con-

vencido de que “el espíritu universal que prevalece en todos los países civilizados es favorecer con amplitud a las clases sociales secularmente colocadas en inferioridad de condiciones... La fijación del salario mínimo es una defensa de los derechos de los proletarios que no atenta ni viola ningún principio de equidad; por el contrario, tiende a evitar la explotación de la clase trabajadora,¹⁵ y *La Prensa* se indignaba ante “el incumplimiento de las leyes obreras” y exigía que éste “no quedara impune, y se apliquen a los autores de las infracciones y violaciones las multas respectivas”.¹⁶ Diarios conservadores y progresistas aceptaban el argumento de que el sistema capitalista debía dotarse de mecanismos para evitar que ciertos grupos utilizaran las estructuras económicas en beneficio propio y para lograr sociedades sin grandes desigualdades. La democracia y la justicia social se convirtieron en conceptos inseparables ya que no se concebía la primera sin la segunda: “¿Es que la libertad, y la dignidad, y la democracia son, por ventura, ajenas a la justicia social? ¿Es que podemos ser verdaderamente libres y dignos en un mundo de expoliación y de miseria? ¿Es que las grandes expresiones del pensamiento democrático y republicano sólo han de servir para la conservación indefinida de los privilegios?”.¹⁷ Inmersos en el mismo debate que mantenían otras democracias occidentales, diarios y partidos defendían la necesidad de introducir cambios sustanciales en el sistema político:

Ciertamente no se concibe una democracia política con una base económica concentrada en manos de una minoría de privilegiados... Las fuerzas políticas democráticas deben comprender que un nuevo liberalismo está naciendo, el cual desecha la utópica concepción del estado agnóstico en materia económica, pero que está en cambio imbuido de un sentimiento pragmático que permite conciliar una amplia democracia política con una democracia económica y que, al mismo tiempo, realiza magistralmente la conjugación justa y equitativa de los dos elementos básicos de la producción: capital y trabajo. Se construirá así una verdadera democracia social de la cual el radicalismo debe ser su más firme propulsor.¹⁸

El fuerte respaldo que la sociedad argentina dio en los años treinta a la democracia comprometida socialmente fue consecuencia lógica del interés que las desigualdades generaron en pensadores y políticos desde finales del siglo XIX. Pero la especial coyuntura internacional de esos años no hizo sino fortalecer las convicciones en favor de una democracia con justicia social. Sin lugar a dudas, uno de los elementos que favoreció el avance del comunismo y el fascismo en el período de entreguerras fueron las grandes limitaciones atribuidas a la democracia como sistema de organización política y económica. Comunistas y fascistas compartían el veredicto de que la democracia era incapaz de garantizar un desarrollo a largo plazo y de que degeneraba, inevitablemente, en el desorden social y el colapso económico. Ese argumento fue aceptado por amplios sectores de población europeos y por algunos grupos nacionalistas argentinos que lo usaron para justificar el mantenimiento de la anormal situación política. Tales grupos nacionalistas no conformaban un frente homogéneo ni eran predominantes en el país, pero obtuvieron suficiente poder como para imponerse a los partidos durante un largo lapso de tiempo. Por eso fue tan importante para éstos y para los diarios demostrar que la democracia sí podía garantizar el desarrollo y el bienestar general; y por eso también Franklin Delano Roosevelt y su *New Deal* se convirtieron para ellos en inspiración y modelo. Frente al avance del comunismo y el fascismo en Europa, y del nacionalismo anti-liberal en la Argentina, diarios y partidos tenían pruebas para demostrar la viabilidad del modelo democrático: “Al final del gobierno de Mr. Hoover, la situación era tan grave en los Estados Unidos que el país se encontraba al borde de una revolución social. Había doce millones de desocupados... y ¿qué puede aventurarse acerca de un desesperado movimiento de esa tremenda cifra de hambrientos, sin dirección y como único bagaje ideológico con la más negra desilusión en el sistema que les llevó a tal extremo? Era la perspectiva de la peor de las catástrofes... ¿Puede detenerse una revolución que obedece a causas y leyes inevitables? Roosevelt lo ha conseguido haciendo él mismo otra revolución tan vasta y trascendental como la que evitó”.¹⁹ Dicha revolución se había hecho desde el más estricto respeto a las instituciones democráticas, manteniendo un indiscutible compromiso con los sectores más

desfavorecidos y otorgando al Estado amplias facultades económicas. Roosevelt y el *New Deal* eran la muestra fehaciente de que la democracia era un eficaz sistema de organización frente al que no cabían las justificaciones esgrimidas por los regímenes autoritarios.

La democracia eficaz y socialmente comprometida de Roosevelt otorgó a este mandatario un claro valor simbólico entre los demócratas argentinos. Radicales, socialistas y conservadores liberales reivindicaron las posibilidades de una democracia como la suya y, reconociendo los positivos efectos del *New Deal*, tomaron éste como inspiración para sus programas políticos. La gestión y el talante de Roosevelt lograron así alterar presupuestos firmemente arraigados en el pensamiento político argentino hasta ese momento. Por un lado, el *New Deal* alimentó un interesante debate sobre las responsabilidades sociales y económicas que correspondían al Estado democrático, socavando la idea liberal de otorgarle competencias muy limitadas en estos ámbitos. Por otro, la política exterior de Roosevelt fue capaz de hacer olvidar a los argentinos sus convencidos posicionamientos anti-norteamericanos. De hecho, desde principios de los años veinte, las críticas contra la política intervencionista de Washington o contra las agresivas prácticas de las compañías estadounidenses tuvieron una presencia determinante en la prensa del país. En las páginas de cualquier diario, del más conservador al más progresista, abundaban las denuncias contra unos Estados Unidos considerados “un peligro inminente que acecha nuestra condición de pueblo libre”.²⁰ F.D Roosevelt alteró profundamente, sin embargo, la política del Departamento de Estado al renunciar al intervencionismo y sentar las bases de un nuevo proyecto continental. Su política de *Buena Vecindad*, el *New Deal* y su incontestable carácter democrático hicieron que periódicos y partidos de variada condición ideológica se rindieran ante “la profunda significación social de su obra...y la innegable cordialidad de su política de relaciones exteriores”.²¹ Hasta el diario socialista *La Vanguardia* estuvo dispuesto a conceder al líder norteamericano el estatus de modelo a seguir pues “sin llegar al socialismo, Roosevelt cree en las virtudes del capitalismo y estima que este sistema puede aún salvarse si los gobernantes lo defienden contra las demasías y arbitrariedades de los propios

capitalistas. Roosevelt auspicia el socialismo como solución en todos los casos en que los propios capitalistas abusan de su poderío y explotan al pueblo más allá de lo que debe considerarse la retribución justa por los servicios prestados. Es un socialista minimalista”.²² Para los argentinos de los años treinta, Roosevelt fue la encarnación de la “verdadera” democracia, la democracia capaz de ofrecer crecimiento económico con justicia social y de promover una política exterior no imperialista, radicalmente opuesta a la de los mandatarios que le precedieron. El sentido reconocimiento que alcanzó entre la ciudadanía explica porqué fue reivindicado por todo aquel que se considerara demócrata, muy especialmente por Tamborini y Perón en las elecciones de 1946.

Un nuevo rol para el Estado argentino

El *New Deal* fue, como se señaló, un programa que animó en la Argentina el debate en torno a cuales deberían ser en el futuro las responsabilidades del Estado democrático en materia económica y social. Los buenos resultados obtenidos por las medidas keynesianas en los Estados Unidos fortalecieron, sin duda, los posicionamientos intervencionistas en la Argentina. Pero también contribuyó a la consolidación de esta idea la propia trayectoria económica experimentada por el país. Hasta mediados de los años treinta, socialistas, radicales y conservadores fueron partidarios convencidos del liberalismo y del intercambio de materias primas por manufacturas foráneas, un modelo de desarrollo que les había permitido crecer a ritmo intenso y contar con indicadores sociales comparables a los de países como Francia. La crisis que se inició en 1929 resquebrajó, sin embargo, la confianza en ese modelo y a mediados de los años treinta diarios y partidos discutían animadamente sobre su viabilidad. La Gran Depresión puso en entredicho dos ideas sólidamente asentadas hasta ese momento en el país: la idoneidad del vínculo comercial anglo-argentino y la conveniencia de mantener una economía basada en el intercambio de materias primas por manufacturas. Gran Bretaña dejó de ser considerado un socio

leal y preferente desde que sus acuerdos comerciales con los miembros de la Commonwealth provocaran serios recortes a las exportaciones argentinas. Para el país austral fue evidente entonces la conveniencia de romper la dependencia del mercado británico, como también lo fue la necesidad de diversificar la economía para resultar menos vulnerable a las fluctuaciones del mercado internacional. El proteccionismo imperante en el sistema mundial durante la Gran Depresión favoreció, además, un rápido crecimiento de la producción manufacturera nacional que ofrecía a los diarios claves para pensar en un futuro muy distinto:

En circunstancias normales, nuestro país debía ser exclusivamente agrícola-ganadero. De acuerdo con los principios de división internacional del trabajo, lo más económico sería que nos ocupásemos a gran escala de aquello que podemos hacer mejor... Ya que las demás naciones dificultan nuestras ventas, no tenemos más remedio que prepararnos a prescindir de las compras o de parte de ellas. Esta necesidad que se nos impone desde fuera, que nosotros no hemos buscado ni querido, es la causa del desenvolvimiento constante de las industrias argentinas. Por eso todos, librecambistas y proteccionistas en el campo doctrinario, somos prácticamente amigos del progreso de la industria nacional.²³

Desde mediados de los años treinta, los diarios cuestionaron crecientemente el modelo agro-exportador argentino y exigieron al Estado su implicación para lograr la transformación de las estructuras económicas del país. *La Prensa* fue el único periódico que siguió apoyando el libre comercio y la prescindencia del Estado en materia económica al considerar que cualquier intervención atentaba “contra esa fuerza de producción y comercio que se conoce con el nombre de iniciativa y que reacciona ante los fenómenos económicos en el sentido de resolverlos radical y naturalmente”.²⁴ El resto de diarios no compartió, sin embargo, esta confianza en la capacidad del mercado para resolver naturalmente los problemas económicos. De hecho, la ineficacia de las medidas ortodoxas para superar la crisis obligó al gobierno argentino a adoptar medidas cuyas consecuencias positivas hicieron que

diarios y partidos perdieran el miedo a la intervención estatal y se extendió entre ellos la idea de que había llegado la hora de la “economía de Estado frente a la ortodoxia liberal fracasada”.²⁵ Durante el período de entreguerras, se atribuyeron entonces al Estado nuevas funciones y responsabilidades: en primer lugar, el Estado debía ser promotor de profundas reformas sociales; en segundo, tenía que encargarse también de sustituir las bases económicas del país. En lo que se refiere a sus atribuciones sociales, para diarios y partidos era obvia la necesidad de que el Estado impulsase no sólo reformas legislativas encaminadas a proteger a los sectores más vulnerables, sino también que se comprometiera con la aplicación de medidas que mejorasen sus condiciones de vida a través, por ejemplo, del “fomento de la construcción de viviendas populares” por ser estímulo al empleo y ofrecer mejores condiciones de vida “... pues la vivienda popular, en la ciudad y en el campo, es mala y cara”.²⁶ En la prensa se reafirmó la convicción de que “hoy la simple función policial del Estado no basta. El Estado moderno está en la obligación de crear condiciones favorables y de ofrecer poderosos estímulos a la iniciativa privada, tanto en el terreno económico como en el social, porque el Estado no puede ser ya un ente indiferente e insensible a los afa-nes cotidianos de la colectividad”.²⁷

Pero además de esta función social, diarios y partidos insistieron en el papel que correspondía al Estado en la completa transformación económica del país. Comprobada la debilidad del modelo agro-exportador, se fortalecieron las posiciones de quienes consideraban que la Argentina debía hacer un esfuerzo para hacer compatible el “ser exportador e importador industrial (con) vender trigo y carne”.²⁸ Argentina debía seguir el camino que antes trazaron naciones como Gran Bretaña, antiguas exportadoras de materias primas que supieron convertirse en abastecedores de manufacturas, en estados realmente poderosos. Y ese proceso de industrialización que ofrecería crecimiento sostenido e influencia internacional sólo podría lograrse con la convencida implicación del Estado. La prédica industrialista creció en los diarios argentinos de forma ostensible a lo largo de la segunda mitad de los años treinta. En 1940 hasta *La Prensa* aceptaba cierto grado de intervención estatal para lograr “la radicación racional de las

industrias transformadoras, el desarrollo de la pequeña industria domiciliar y la implantación de talleres que elaboren materias primas nacionales aún no utilizadas en el país”.²⁹ El resto de periódicos consideraba esta propuesta insuficiente y abogaba por la implantación de un modelo económico absolutamente diferente al anterior, en el que la industrialización promovida por el Estado era objetivo prioritario:

La Argentina no puede ser un país agrícola-ganadero, una fuente productora de materias primas y un mercado para los artículos manufacturados en el exterior. Durante muchos años vivimos en la peligrosa ilusión de ese error que dejamos persistir por comodidad y también porque nuestras inmensas riquezas naturales contribuían a la inacción o a la actividad unilateral. Pero la presente guerra sirvió de dura lección y al mismo tiempo reveló la capacidad de nuestras fuerzas... Repetimos pues, que la expresión ‘Argentina industrial’ traduce algo más que una esperanza o un deseo. El convencimiento de que no sólo podemos fabricar casi todo lo que otros fabrican, sino también que debemos hacerlo sin tardanza. Subrayamos con insistencia esta circunstancia porque creemos que una orientación cualquiera requiere, para dar resultado, el apoyo de la voluntad nacional. Y la Argentina quiere ahora ser una potencia industrial, con sus astilleros, su industria pesada, sus industrias extractivas y sus grandes fábricas.³⁰

Democracia y anti-imperialismo: diatribas durante el conflicto mundial

Como demostraría la campaña electoral de 1946, en amplísimos sectores de la ciudadanía argentina calaron muy hondo esas ideas acerca de la necesidad de reinstaurar una democracia comprometida con la justicia social y de otorgar al Estado amplias prerrogativas económicas. Partidos y diarios entendían en 1940 la democracia de forma muy distinta a la dominante antes del golpe contra Yrigoyen y sus propuestas de acción política dejaban muy atrás la democracia liberal sobre la que habían crecido de forma tan solvente. Las

posibilidades de implementar esa democracia renovada eran, sin embargo, cada vez más escasas. Durante la década de los treinta, las formaciones partidarias y los diarios jugaron un activo papel político que, en más de una ocasión, les hizo percibir como inminente el retorno a la normalidad institucional. La sustitución de Ortiz por el Vicepresidente Castillo en 1940 desvaneció, sin embargo, esa certeza. Los demócratas argentinos encontrarían desde entonces frente a sí a Ejecutivos reconocidamente anti-liberales, que negaban cualquier legitimidad o capacidad de representación a los partidos; por eso tanto éstos como los diarios no dudaron en denunciar el carácter pro-fascista de esos gobiernos. El propio Marcelo T. Alvear alertaba públicamente a sus correligionarios en 1940 sobre la existencia de “una quinta columna en el país encabezada por hombres argentinos que están atentando contra nuestros ideales más caros...y que no tienen inconveniente en unirse con hombres que no hablan si quiera nuestra lengua, para traer a esta patria sistemas e instituciones que repugnan al sentimiento argentino. Tenemos el deber de desenmascararlos, de marcarlos con el dedo. Y si son hombres que visten el uniforme de la patria, señores, con más razón entonces”.³¹ El carácter pro-fascista atribuido a los gobiernos de Castillo, Ramírez y Farrell resultaba también obvio para la prensa al observar la posición asumida ante la Segunda Guerra Mundial. Su opción por la neutralidad fue interpretada como un apoyo encubierto a las potencias del Eje; por eso, desde el inicio del conflicto, *Crítica*, *Noticias Gráficas*, *La Vanguardia*, *El Mundo*, *La Prensa* y *La Nación* se posicionaron abiertamente junto a los aliados y publicaron fortísimos ataques contra esa decisión gubernamental:

Cada hombre que cae víctima de la metralla germánica, cae no sólo en defensa de su país avasallado, sino también de nosotros, de nuestra paz, de nuestra justicia, de todo lo que en la lucha de siglos ha llegado a ser grato para el hombre libre. La modificación de nuestra neutralidad, que cada día es más difícil mantener, no será provocada por una simple razón teórica: es nuestra defensa, la defensa de nuestra nación... Nuestra suerte está ligada a la de todos los países sólo fuertes por su paz y su trabajo. Es doloroso definirse, pero es mortal permanecer indiferente.³²

El alineamiento con los aliados se hizo aún más firme tras el ataque japonés a *Pearl Harbour*, que llevó a los diarios y partidos a ofrecer a Estados Unidos incluso apoyo armado. Ya antes de que se produjera este bombardeo, el líder socialista Enrique Dikmman hacía partícipe a *Crítica* de sus dudas acerca de que “el continente pueda realmente substraerse (al conflicto) ... y si por desgracia estos países estuvieran obligados a participar en la guerra, deberían hacerlo como unidad continental”.³³ Cuando la base norteamericana fue atacada por Japón, los periódicos comenzaron a plantear a sus lectores la necesidad de que “América pasará de los decretos a las armas”.³⁴ Las críticas al gobierno por la neutralidad, y por lo que ésta implicaba, llegaron a ser tan reiteradas y duras, que el ejecutivo de Castillo impuso a la prensa la prohibición de opinar sobre sus decisiones ante el conflicto. Los diarios no pudieron exigir ya más el fin de la neutralidad, pero siguieron defendiendo con el mismo ahínco la causa aliada y establecieron en sus páginas una identificación aliado-demócrata / neutralista-antiliberal que no dejaba lugar a dudas sobre sus posicionamientos. Esta identificación convenía a su lucha política interna, pero no reflejaba la situación existente en la Argentina del momento en la que la neutralidad fue sostenida tanto por los grupos nacionalistas autoritarios instalados en el gobierno como por amplios sectores sindicales y personalistas cuyo carácter democrático estaba fuera de toda duda. Esta posición neutralista y democrática a la vez era coherente con otra de las caras que tuvo en la Argentina el debate en torno a la verdadera democracia: la posición a mantener frente a los grandes poderes económicos internacionales.

La amenaza que suponían para la Argentina los intereses de las empresas y estados más poderosos fue otra de las discusiones con importante presencia en la prensa del país desde los años veinte. Como ya se señaló, en esa década diarios de variada condición ideológica eran sumamente críticos con la agresividad de las compañías norteamericanas que operaban en el continente y mantenían en sus páginas un corpus doctrinal claramente anti-imperialista. Los argumentos anti-imperialistas vertidos contra los Estados Unidos comenzaron a aplicarse también a las empresas británicas a mediados de la década de los treinta, cuando el país europeo dejó de ser

percibido como un socio leal. Hacia 1936, *Crítica*, *Noticias Gráficas* y *La Vanguardia* eran contundentes en sus denuncias contra “las puñaladas tra-peras inferidas al interés del país con la entrega de los transportes, de los ferrocarriles, de los teléfonos, de los frigoríficos, de la electricidad, de los cereales, del gas, y de las radio-telecomunicaciones”³⁵ y *El Mundo*, *La Nación* y *La Prensa*, desde posiciones más moderadas, apoyaban la idea de poner todos estos servicios públicos en manos del Estado. El estallido de la Segunda Guerra Mundial provocó en los partidos democráticos, sin embargo, una fuerte discusión en torno a esta cuestión. Parte de los sindicatos y del radicalismo entendieron, por ejemplo, que la contienda era un enfrentamiento armado entre dos imperialismos de diferente signo, pero igualmente dañinos para los intereses nacionales, de ahí su opción por la neutralidad.³⁶ Frente a esta posición, los diarios de gran tirada, los socialistas y el resto del radicalismo y sindicatos consideraron que no se trataba “de decidir entre dos imperialismos económicos o entre dos sistemas sociales, sino de comprender con lucidez patriótica que de las dos fuerzas que luchan en Europa sólo una es enemiga implacable de la libertad de los demás pueblos, sólo una aspira a extender su dominio por todo el globo terrestre, sólo una pretende destruir la civilización de occidente. La firmeza de tal convicción debe hacer discriminar entre la neutralidad jurídica y la neutralidad de los espíritus, que es una falsía y una trampa. ¿Existe en todo el país algún presunto neutral que no sea el más craso de los ignorantes o que, en su defecto, no esté conspirando desde lo más sombrío de su mente y de su corazón contra nuestras libertades y no sea íntimo enemigo de la democracia?”.³⁷ Esos diarios pro-aliados llevaban años batallando duramente con las compañías extranjeras radicadas en la Argentina, pero tras el estallido del conflicto evitaron pronunciarse contra las potencias que combatían al fascismo, el peligro más real y absoluto para la democracia. Para ellos “las luchas de intereses y de ideas son fecundas en las democracias independientes y libres; pero cuando la existencia de ésta peligra, es indispensable dar tregua a estas luchas y formar la unidad nacional frente al peligro común. ¡Y el peligro que nos amenaza ahora es tan grave e inminente que seríamos locos y criminales no entendiéndolo así!”.³⁸ Conociendo el carácter democrático

de personalistas y sindicatos neutrales, la prensa de gran tirada nunca les dedicó los feroces ataques publicados contra los nacionalistas. Sin embargo, les dirigieron dolidas recriminaciones y, conscientes de que su opción por la neutralidad no era ajena a la política de reformas laborales que estaba aplicando el gobierno autoritario, les instaron constantemente a no dejarse “llevar por cantos de sirenas. No es ahora la revolución social lo que está en juego. Es la democracia”.³⁹ La importancia de esta discusión sobre cómo actuar frente a las compañías extranjeras se mantuvo viva toda la contienda y fue otro de los elementos presentes en la campaña electoral de 1946, aunque mantuvo un rol subordinado al debate sobre la justicia social que marcó tan determinadamente el período de entreguerras.

La política rooseveliana de Tamborini y Perón

Finalizado el conflicto mundial, el gobierno de facto del General Farrell anunció la convocatoria de elecciones a realizarse en febrero de 1946 con plenas garantías. Partidos y diarios consideraron por fin cerrado ese negro paréntesis que empezó con el derrocamiento de Yrigoyen en 1930 y se prepararon para unos comicios pospuestos mucho más de lo esperado. Los dos candidatos que se enfrentaron por la presidencia fueron José Tamborini al frente de la Unión Democrática, una formación integrada por la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista y el Partido Comunista, y Juan Domingo Perón, que recibió el apoyo del Partido Laborista y del radicalismo yrigoyenista. El alineamiento de la prensa de gran tirada con los candidatos presidenciales fue claro desde el principio: *Crítica*, *La Vanguardia*, *Noticias Gráficas*, *El Mundo*, *La Prensa* y *La Nación* respaldaron a la Unión Democrática mientras que *La Época*, el antiguo diario yrigoyenista, apoyó la candidatura de Perón.

Levantada la censura, los diarios recuperaron el pulso político y reavivaron esa discusión central en sus páginas desde finales de los años veinte: cómo hacer realidad en la Argentina la democracia verdadera. Durante la *Década Infame*, el viejo sistema político liberal había sufrido intensas

transformaciones y la democracia ya no se concebía sin un compromiso serio con la justicia social. El activo papel otorgado al Estado en el ámbito económico era otra de las premisas ampliamente aceptadas que mostraba los profundos cambios operados en las concepciones políticas de los ciudadanos. Ambas ideas habían alcanzado tal presencia en la sociedad argentina de entreguerras, que no es de extrañar que fueran reivindicadas por los dos candidatos a la presidencia. Tamborini y Perón prometieron a sus votantes profundas reformas sociales y un proyecto de reconstrucción nacional en la línea del *New Deal*. Conscientes del alto valor simbólico alcanzado por Roosevelt, los dos se presentaban a sí mismos como la versión argentina del mandatario norteamericano. *La Época* publicaba editoriales bajo títulos tan expresivos como “El ataque a la Secretaría de Trabajo es similar al sufrido en la Unión por el *New Deal*”⁴⁰ o “La lucha contra las potencias del dinero, el ejemplo de Roosevelt”;⁴¹ y en los mítines de campaña Perón no perdía ocasión para mostrar sus similitudes con el presidente estadounidense:

Una tempestad de odio se ha desencadenado contra los ‘descamisados’ que sólo piden ganarse honradamente la vida y poder sentirse libres de la opresión patronal y de todas las fuerzas oscuras que respaldan su privilegio... Pero debemos estarles agradecidos porque no puede haber victoria sin lucha. Y la victoria que con los brazos abiertos nos aguarda, tendrá unas características análogas a las que tuvo que conquistar el gran demócrata norteamericano, el desaparecido presidente Roosevelt, que a los cuatro años de batallar con la plutocracia confabulada contra sus planes de reforma social pudo exclamar: ‘En el curso de estos cuatro años hemos convertido el poder del gobierno más democrático, porque hemos empezado a colocar las potencias autocráticas privadas en su lugar y las hemos subordinado al gobierno del pueblo. La leyenda que hacía invencibles a los oligarcas ha sido destruida. Ellos nos lanzaron un desafío y han sido vencidos’... Personalmente prefiero la idea defendida por Roosevelt de que la economía ha dejado de ser un fin en sí misma para convertirse en un medio de solucionar los problemas sociales.⁴²

Cada vez que *La Época* reproducía estos discursos de Perón o mostraba las coincidencias de opinión y acción entre el militar y el presidente norteamericano, la prensa que respaldaba a la Unión Democrática se revolvió. *Noticias Gráficas*, *Crítica*, *La Vanguardia*, *La Prensa* y *El Mundo* llevaban años reivindicando la obra social y política de Roosevelt y se consideraban los únicos herederos de su proyecto en la Argentina, de ahí su insistencia en demostrar la imposibilidad de que Perón se asemejara, si quiera un poco, al admirado líder norteamericano:

En un lenguaje que habría sido inconcebible hace apenas pocos meses, se dice ahora que el plan de políticas sociales es la versión argentina del *New Deal* del Presidente Roosevelt. O nosotros no sabemos nada de lo que es el *New Deal* o ignoramos del todo lo que se está haciendo. No deja de ser interesante que ahora se hagan elogios desmesurados a Roosevelt, el mismo presidente que ha pronunciado palabras lapidarias contra los componentes del actual gobierno argentino. Perón dijo, además, lo siguiente: 'Por mi parte creo tener un instrumento que él (se refiere al Presidente Roosevelt) no tenía en los Estados Unidos y que yo he usado'. Por supuesto se refiere al ejército de la nación. Por supuesto también que la diferencia no es pequeña. Roosevelt realizó su obra ciclópea en libertad y el coronel Perón en un régimen de fuerza, con estado de sitio y suprimidos los partidos y los sindicatos libres.⁴³

La gran aceptación de la democracia con compromiso social en la Argentina de los años cuarenta hizo que los programas de los dos candidatos a la presidencia fueran muy similares. La Unión Democrática proponía de hecho reformas laborales semejantes a las del peronismo, de ahí que resultara fundamental para los votantes la credibilidad de ambos aspirantes. Perón había aplicado desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social una serie de medidas que no dejaban lugar a dudas de su compromiso con la mejora en las condiciones de vida de grandes sectores de población. Los radicales, socialistas, demoprogresistas y comunistas de la U.D no tenían, por el contrario, hechos con los que avalar sus declaraciones. Pero más que

esta circunstancia concreta, lo que minó su credibilidad durante la campaña fue el apoyo que recibieron de la Sociedad Rural, la Unión Industrial Argentina o la Bolsa de Comercio, entidades cuyos intereses económicos eran difícilmente compatibles con la aplicación de un programa de grandes transformaciones sociales. El cheque de 300.000 pesos entregado por la Unión Industrial Argentina a la U.D fue hábilmente usado por Perón como demostración de que la oposición estaba atada de pies y manos:

...Cuando nuestros enemigos hablan de democracia, tienen en sus mentes la idea de una democracia estática, de una democracia sentada en los actuales privilegios de clase... En virtud de mi campaña el trabajador, el obrero, el verdadero siervo de la gleba, el esclavizado peón del surco norteño, alentados por la esperanza de una vida menos dura y de un porvenir más risueño, sacuden su sumisión ancestral, reclaman como hombres la milésima parte de las mejoras a las que tienen derecho, ponen en peligro la pacífica digestión de los poderosos y quieren manifestar su fuerza y su voluntad en unas elecciones; entonces la democracia, aquella democracia capitalista, se siente estremecida en sus cimientos y nos lanza la imputación del totalitarismo...Somos nosotros quienes representamos la verdadera democracia.⁴⁴

Lograr una democracia “verdadera” era aspiración principal para la mayoría de los votantes argentinos, por eso la capacidad atribuida a los candidatos para hacerla realidad se convirtió en el elemento determinante de las elecciones. La historiografía tradicional ha otorgado al discurso anti-norteamericano de Perón el papel clave en estos comicios, pero la prensa de la época refleja la primacía que tuvo el debate sobre la democracia social. El anti-norteamericanismo estuvo, desde luego, presente en una campaña en la que alcanzó gran éxito el slogan “Braden o Perón”; pero el rechazo a Braden no debe ser entendido como una oposición absoluta a los Estados Unidos. *La Época* tuvo siempre mucho cuidado en señalar que Braden era un “indigno representante del gran país del norte”,⁴⁵ encarnación de “la camarilla oligárquica yanqui, alejada en cierta forma de las altas esferas del gobierno durante los mandatos presidenciales de Roosevelt”.⁴⁶ El res-

peto del que gozaba este mandatario entre los argentinos hacía peligroso el sostenimiento de posiciones maniqueas. Durante toda la campaña, *La Época* compaginó los ataques a Braden con la publicación de editoriales bajo títulos tan significativos como “La amistad con Norteamérica”, en los que se explicaba a los votantes como, en el sistema internacional surgido de la posguerra, a la Argentina le correspondía estar junto a este país:

Frente a los dos grupos internacionales surgidos después de esta guerra, la Argentina se avendrá mejor a una armonización con la coalición anglo-norteamericana y en particular con los Estados Unidos, no sólo en el orden de las realizaciones materiales y prácticas, sino también en el orden trascendental del espíritu... Como se ve, pues, el pensamiento del Coronel Perón no es en nada contrario al leal entendimiento entre los pueblos argentino y norteamericano, ni tampoco entre sus gobiernos, siempre que unos y otros estén dispuestos a dispensarse recíproco respeto.⁴⁷

Los comicios presidenciales terminaron otorgando el triunfo al candidato que la mayoría de electores consideró más capaz para construir la democracia “verdadera” que venían reclamando desde hacía largos años. El sistema político restaurado en el 46 atribuyó al Estado competencias en el ámbito económico y social impensables hasta entonces e hizo de la protección de los sectores de población más vulnerables uno de sus principales objetivos de gobierno. Ambas premisas gozaban de generalizada aceptación en un país que entendía el sistema político de forma muy diferente al liberalismo previo al derrocamiento de Yrigoyen. El nuevo ejecutivo aplicó las reformas sociales demandadas por periódicos y partidos desde los años veinte e impulsó también el proceso de industrialización que venían exigiendo desde hacía una década. Pero el debate sobre la democracia “verdadera” no desapareció. Con la excepción de *La Época*, la prensa de gran tirada y los partidos tradicionales reabrieron el debate en torno a las características de ésta al considerar que, además del compromiso social, debía basarse en instituciones fuertes y estar respaldada por libertades civiles que vieron crecientemente limitadas. El nuevo gobierno estaba dando respuesta a las

aspiraciones que centraron sus demandas políticas durante toda la *Década Infame*, pero lo hacía a través de medios difícilmente asimilables a la democracia rooseveliana que fue su inspiración. La supremacía del poder ejecutivo sobre el legislativo, la elevada discrecionalidad presidencial, el desconocimiento de la oposición o el control creciente sobre la prensa reabrieron las discusiones en torno al sentido de la democracia verdadera, una discusión llamada a prolongarse largamente en la Argentina.

NOTAS

- 1 El informe británico *The Paper Marker* situaba a la Argentina en el cuarto puesto mundial en lectura per cápita de diarios tras Gran Bretaña, EE.UU. y Australia. Véase el diario *La Razón*, 22 de Enero de 1938.
- 2 Aunque *La Época*, *Crítica* y *La Vanguardia* fueron clausurados por el gobierno del Gral. Uriburu, el Presidente Justo permitió la reaparición de los dos últimos. *La Época* se mantuvo, sin embargo, cerrada hasta 1945, cuando reapareció para representar a los sectores personalistas que apoyaron la candidatura de Perón a la presidencia.
- 3 *La Vanguardia* fue clausurada en tres ocasiones por el Gral. Ramírez y durante casi un año por el Gral. Farrell y *Noticias Gráficas* sufrió varios cierres temporales y la detención de su Director.
- 4 En los años cuarenta, *Noticias Gráficas*, *La Época*, *La Prensa* y *El Mundo* editaban en torno a 400.000 ejemplares diarios y *Crítica* alcanzaba el medio millón. Véanse J. R. Fernández: (1943 y 1946).
- 5 Este artículo recoge algunas ideas centrales de mi investigación de tesis doctoral durante cuya realización fue esencial para mí contar con los agudos comentarios y sugerencias de Ezequiel Gallo. Véase Laura Ruiz Jiménez (2006).
- 6 La hoja de la tarde era el diario *Crítica* que, orgulloso de ser el artífice del triunfo del PSI, reproducía en letras mayúsculas las declaraciones de su rival político. Véase *Crítica*, 14 de Diciembre de 1926, p.14.
- 7 Más abierto y progresista, *La Prensa* no dudaba en apoyar, por ejemplo, la concesión del voto a la mujer, una aspiración que para *La Nación* era totalmente ajena al deseo de ésta, poco “dispuesta a despojarse del poder de su graciosa feminidad para complicar su existencia en andanzas electorales no afines con la paz y la serena custodia del hogar”. Véase *La Nación*, 22 de Febrero de 1928, p.6.
- 8 *La Prensa*, 18 de Octubre de 1939, p.14.
- 9 *La Nación*, 15 de Diciembre de 1936, p.8.
- 10 *El Mundo*, 5 de Diciembre de 1936, p.7.
- 11 *La Vanguardia*, 6 de Diciembre de 1936, contraportada.
- 12 *Noticias Gráficas*, 9 de Diciembre de 1936, p.5.
- 13 *Crítica*, 12 de Diciembre de 1936, p.1
- 14 La alta movilización política y las preocupaciones reformistas del Partido Radical y el Partido Socialista en los años veinte y treinta han sido trabajados por Luciano de Privetillio (2003). El caso radical en los años treinta es también analizado por Alejandro Cattaruzza (1991). Los debates sobre la cuestión social por parte de los políticos y pensadores conservadores y liberales constituyen el objeto de estudio de la obra de Eduardo Zimmerman (1995). Las exigencias de reforma por parte de los ciudadanos y las movilizaciones emprendidas para lograrlo son tratadas en la obra coordinada por Juan Suriano (2000).
- 15 *El Mundo*, 1 de Agosto 1929, p.1.
- 16 *La Prensa*, 13 de Noviembre 1929, p.13.
- 17 *Noticias Gráficas*, 9 de Junio de 1941, p.1.

- 18 Hechos e Ideas, n° 16, Noviembre de 1936, p. 292.
- 19 *Noticias Gráficas*, 29 de Noviembre de 1936, p.9.
- 20 *Crítica*, 23 de Julio de 1927, p.4. El moderado *La Prensa* opinaba así de la política exterior norteamericana: “Concluida la independencia de Panamá, se pensó en la necesidad de adquirir el derecho sobre la vía interamericana por Nicaragua. La presencia del general Zelaya era un obstáculo, y en tal virtud se procedió a preparar su caída. Comerciantes estadounidenses favorecidos por banqueros norteamericanos, fomentaron una revolución contra el jefe liberal. La caída de Zelaya estaba decretada en Washington y no había medio de impedirla. Subió al poder el doctor Madriz, pero como comulgaba con las mismas ideas de defensa de la soberanía nacional fue también derrocado”. Véase *La Prensa*, 20 de Agosto de 1927, p.13.
- 21 *La Vanguardia*, 2 de Diciembre 1936, Contraportada.
- 22 *La Vanguardia*, 2 de Diciembre de 1936, Contraportada.
- 23 *Noticias Gráficas*, 13 de Julio de 1936, contraportada.
- 24 *La Prensa*, 30 de Julio de 1927, p.10.
- 25 *Noticias Gráficas*, 12 de Noviembre de 1940, p.1. Título del editorial del día.
- 26 *La Vanguardia*, 10 de Noviembre de 1940, p.1.
- 27 *Crítica*, 26 de Noviembre de 1940, p.9.
- 28 *La Nación*, 2 de Septiembre de 1943, p.8.
- 29 *La Prensa*, 8 de Septiembre de 1940, p.4.
- 30 *Crítica*, 2 de Septiembre de 1943, p.9.
- 31 *Crítica*, 31 de Mayo de 1940, p.4.
- 32 *Crítica*, 16 de Mayo de 1940, p.5.
- 33 *Crítica*, 15 de Mayo de 1940, p.11.
- 34 *El Mundo*, 10 de Diciembre de 1941, p.4.
- 35 *Noticias Gráficas*, 5 de Junio de 1940, p.1.
- 36 La posición ante la guerra provocó constantes fracturas y hubo neutrales y aliadófilos en los sindicatos, la oligarquía, las Fuerzas Armadas o el Partido Radical. Esas opciones respondieron en unos casos a razones ideológicas o éticas, pero en otros fueron una señal de identidad en las pugnas por el poder que se libraban en el interior de cada uno de ellos. En el radicalismo, por ejemplo, la neutralidad fue un argumento usado por quienes cuestionaban el liderazgo de Alvear.
- 37 *Crítica*, 30 de Mayo de 1940, p.1. El titular del editorial era: “Contra la traición”.
- 38 *La Vanguardia*, 11 de Diciembre de 1941, p.1.
- 39 *La Vanguardia*, 14 de Mayo de 1940, p.1.
- 40 *La Época*, 15 de Febrero de 1946, contraportada.
- 41 *La Época*, 13 de Febrero de 1946, p.2.
- 42 *La Época*, 13 de Febrero de 1946, p.2.
- 43 *La Vanguardia*, 6 de Marzo de 1945, p.1.
- 44 *La Época*, 13 de Febrero de 1946, p.3.
- 45 *La Época*, 13 de Febrero de 1946, p.1.
- 46 *La Época*, 20 de Febrero de 1946, contraportada.
- 47 *La Época*, 11 de Febrero de 1946, p.1.

Bibliografía

- Cattaruzza, Alejandro (1991): *Historia y Política en los Años Treinta. Comentarios en torno al Caso Radical*, Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Fernández, Juan R. (1943): *Historia del Periodismo Argentino*, Buenos Aires.
- Floria, Carlos; García Belsunce, César (1988): *Historia Política de la Argentina Contemporánea*, Madrid: Alianza.
- Las Publicaciones Periódicas en la Argentina*, 1946, Buenos Aires.
- Luna, Félix: “Vigencia y Cuestionamiento de la Democracia en la Década del Treinta”, *Todo es Historia* N° 154.
- Privitellio, Luciano de (2003): *Vecinos y Ciudadanos: Política y Sociedad en la Buenos Aires de Entreguerras*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ruiz Jiménez, Laura (2006): *La Argentina con Porvenir. Los Debates sobre la Democracia y el Modelo de Desarrollo en los Partidos y la Prensa (1926-1946)*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Suriano, Juan (2000): *La Cuestión Social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires: La Colmena.
- Zimmermann, Eduardo (1995): *Los Liberales Reformistas: la Cuestión Social en la Argentina, 1890-1914*, Buenos Aires: Sudamericana.